

CRYSTAL SMITH

*Ébano Salvaje*



Traducción de  
Marcelo Andrés Manuel Bellon

**GRANTRAVESÍA**

ÉBANO SALVAJE

Título original: *Ebonwilde*

© 2022, Crystal Smith

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Ilustración de portada: Chantal Horeis

Diseño de portada: Celeste Knudsen

Mapa: Francesca Baerald

D.R. © 2022, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

[www.oceano.com](http://www.oceano.com)

[www.grantravesia.es](http://www.grantravesia.es)

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-124730-8-7

Depósito legal: B 8546-2023

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en [info@cempro.org.mx](mailto:info@cempro.org.mx)

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005736010423

*A mis padres,  
John y Lillian Campbell,  
por haberme permitido leer  
hasta pasada la medianoche*

## TRECE AÑOS ATRÁS

*Recita tus virtudes.*

**R**Eso fue lo último que le dijo su madrastra antes de desaparecer en su trineo rojo hacia la inmensidad nevada. *Recita tus virtudes*, dijo. *Esto habrá terminado muy pronto.*

Dominic hizo lo que se le dijo: comenzó la familiar letanía mientras los últimos ecos de las campanas de su trineo tintineaban inquietas a través de la fría extensión. Se había visto forzado a memorizarlas como penitencia por haber sido sorprendido con una baraja cuando tenía nueve años; su padre lo obligó a quedarse en una pequeña silla sin comida o agua hasta que pudiera recitarlas todas sin pausas, sin errores. Le había llevado dos días enteros.

—Humildad —entonó. Echó una última mirada al horizonte del norte, antes de girarse hacia el sur—. Liberarse del orgullo y la arrogancia.

El sombrío Ebonwilde, que también era conocido como Ébano Salvaje, se encontraba frente a él. Levantó su linterna y dio un paso en la nieve.

—Abnegación —dijo—. Renunciar a los deseos mundanos —otro paso.

El viento había estado quieto durante todo el trayecto desde el Fuerte Castillion hasta el punto de descenso, donde los brotes plateados de flores encaje de escarcha crecían de la nieve, desplegando sus pálidos pétalos irregulares hacia el cielo helado. El encaje de escarcha sólo florecía en Pleno Invierno, en la más larga y más fría noche del año. Para el amanecer ya habrían desaparecido... pero él también.

Cuando Dominic pasó frente a las flores, cada vez más cerca del bosque, el viento comenzó a soplar y a golpearlo con cristales de nieve que mordían su piel como si fueran miles de sanguinarios insectos helados.

—Fortaleza: la capacidad de soportar el dolor y la adversidad con valor.

En este punto, la recitación de Dominic se detuvo por un instante. Las palabras de su madrastra, cuando ella lo sacó de la cama, volvieron a su mente. *Levántate, niño. La hora se acerca. No arrastres los pies, vamos. Esto es un honor. Fuiste elegido para un gran propósito. Enorgulleces a tu familia.*

Pero la manera en que ella lo había dicho —con la sombra de una mueca desdeñosa arrugando sus estrechas facciones— le hizo preguntarse qué parte de aquello era mentira.

Pensó en ello mientras caminaba a través de la nieve que le cubría hasta las pantorrillas. *¿Es esto un honor o un castigo? ¿Estoy aquí porque soy importante? ¿O fui elegido para esto porque no lo soy?*

No es que la razón importara mucho, en realidad; él moriría esta noche de cualquier manera.

Su mente divagó. ¿Habría hecho tanto frío la última vez que se había realizado este sacrificio? ¿Le habrían dolido los huesos a su tío abuelo tanto como a él ahora? ¿Era mejor morir cuando se es joven, sin los lazos adicionales de la pro-

genie o de la comunidad o del hogar que pudieran tentarte a evadir tu responsabilidad? ¿O dejar todo atrás se volvía más fácil cuando eras viejo, una vez que ya habías experimentado todas esas alegrías y esos dolores?

Aprovechó la repetición de las virtudes para devolver sus rastreras dudas de vuelta hasta los rincones más oscuros de su mente.

—Honestidad —murmuró a través de sus labios inflamados y entumecidos—: rectitud de conducta. Juicio: la capacidad de tomar decisiones sabias y meditadas, y de llegar a conclusiones sensatas.

Fue en ese momento cuando vio el emblema de araña tallado en la corteza negra de un viejo árbol torcido. El hielo se incrustaba en la cicatriz, haciendo que cada una de las siete patas de la araña brillara blanquecina a la luz de la luna. Ésta era la marca del principio del fin; una vez que caminara más allá, no habría vuelta atrás.

Hizo una pausa en ese lugar y se sacudió las lágrimas ardientes que habían comenzado a acumularse en las comisuras de sus ojos. Quería cumplir con su deber. Quería ser la encarnación de la fortaleza, de la abnegación, de la valentía. Pero, para su vergüenza, estaba asustado.

No temía a la muerte, él conocía su destino. Su mayor temor era que, una vez que cumpliera con esto, una vez que su sacrificio tuviera lugar, fuera olvidado. Que él fuera olvidado.

Sollozó, preguntándose si ya tendrían una tumba vacía, como lo habían hecho cuando el cuerpo de su padre se perdió en el derrumbe de la mina, o si su madrastra y sus pequeños medio hermanos pelearían por sus galletas mañana en el desayuno, ajenos por completo a la ausencia del otro

lado de la mesa. A fin de hacerlo más fácil para ellos, había colocado sus propias velas conmemorativas junto al altar del Jardín Nocturno. Doce velas: una por cada año de su vida. No debería ser demasiado pedir. Cuando su padre murió, su madrastra mantuvo las cuarenta y seis velas encendidas durante un mes. Dominic no quería tanto... sería feliz si las mantenían encendidas un solo día.

Y entonces se reprendió por su vanidad. ¿Qué le importaba a él, de todos modos? Los ritos funerarios eran para el consuelo de los vivos, no de los muertos. No era asunto suyo si encendían sus velas funerarias o colocaban una lápida sobre una tumba vacía.

Pero esperaba que lo hicieran, de cualquier manera.

Fue entonces cuando oyó un crujido; miró alrededor en busca de la causa del sonido y vio un rápido destello de pelaje rojo. Algún tipo de animal en busca de comida en medio del desolado bosque, en una fría noche de invierno. Se sacudió el temor y dio el primer paso más allá de la marca de la araña.

La niebla surgió lentamente, adentrándose en la cuenca como un fantasma; ahora flotaba en grandes franjas blancas alrededor de él. Las estrellas sobre su cabeza se estaban atenuando más y más, y muy pronto la única luz del lugar era el centelleo de la llama de su lámpara y sus destellos dispersos a través de las ramas heladas. La mordedura del viento se hizo más aguda y, a medida que Dominic se acercaba al lúgubre claro que era su destino final, le pareció oír voces dentro de él. Susurraban un cántico en una lengua extraña, extranjera, transformando el bosque en una catedral helada, apuntalada por pinos y abetos en forma de aguja.

*Bienvenido*, decían los vientos con voces secas y chirriantes, como escarabajos escabulléndose sobre un hueso. *Bienvenido, Hijo de Castillion*.

Al otro lado del claro, un viejo manzano retorcido y ennegrecido se erigía como centinela, con sus largas y desnudas ramas llenas de nieve.

Dominic giró y volvió a girar, de pronto consciente de todo a la vez: la sensación de congelación royendo los dedos de sus pies dentro de unas botas demasiado delgadas; el chasquido de las hojas de los árboles chocando entre sí, y la impresión de rostros sombríos formándose detrás de la difusa neblina.

Temblando, inclinó su cabeza intentando no mirar a las figuras espectrales que lo estaban rodeando.

—Estoy aquí para enfrentarme a los Verecundai, los Siete Rostros de la Vergüenza —gritó Dominic—. ¡Mostraos!

*Nosotros somos criaturas de la oscuridad*, susurró el discordante coro de voces. *Apaga la luz y entonces saldremos*.

Él abrió la puertecilla de su lámpara y la llama grabó su silueta en sus ojos, pero Dominic dudó antes de soltar el aliento necesario para apagarla. Si era la luz a lo que temían, este pequeño fuego era el último resquicio de poder que tenía sobre ellos hasta que se completara el ritual.

Los Verecundai alguna vez habían sido hombres. Poderosos magos, siervos favorecidos por Empírea. Pero cuando conspiraron para traicionarla, para reclamar una porción de su divinidad para ellos, ella los castigó con una maldición: no morirían, pero tampoco vivirían. Existirían como espectros sombríos por toda la eternidad.

Se decía que el ancestro de Dominic, Marcellus Castillion los había atado a este solitario y árido claro del Ebonwilde.

Marcellus había sido un mago de sangre y proclamó que una vez cada cien años, en Pleno Invierno, un hijo de su stirpe regresaría al lugar y se sacrificaría para mantener a los espectros en su prisión, lo cual aseguraría paz y prosperidad para la siguiente generación.

*Recita tus virtudes.* Esta vez, era la voz del propio Dominic la que se lo recordó, dentro de su cabeza. Un hábito familiar al que podía recurrir. Estaba demasiado triste, demasiado asustado, demasiado asombrado para hacer otra cosa. Había pasado de la humildad a la abnegación, la fortaleza, la honestidad y el juicio. ¿Qué quedaba en la lista? Cerró los ojos, rebuscando febrilmente en su memoria para encontrarlas.

*La obediencia,* pensó. *El cumplimiento sumiso de la autoridad.*

Al recordar la razón por la que había venido, dejó de lado sus temores y sopló sobre el fuego de su lámpara para apagarlo.

Los espectros se materializaron lentamente, uniéndose a partir de la sombra y elevándose sobre Dominic, compuestos de una niebla siempre cambiante que hacía que sus rostros fueran imposibles de desentrañar. Sólo parecía capaz de vislumbrar algunos destellos —dedos demasiado largos, dientes demasiado afilados, ojos demasiado negros—, antes de que la imagen se disolviera en vapor otra vez.

*¿Nos ve ahora?*, se preguntaron las voces, como si se tratara de una sola voz. *¿Nos conoce?*

—Os conozco —dijo Dominic—. Vosotros sois los herejes que traicionaron a Empírea. Los que reclamaron para sí una porción de su luz divina.

*Ah.* Se produjo una ondulación en la niebla y un ruido bajo, como si estuvieran hablando entre ellos. *Pero ¿se conoce a él mismo? ¿Sabe por qué está aquí?*

—Soy Dominic Castillion, hijo de Bentham Castillion. He venido a sacrificarme para mantenerlos dentro de vuestra prisión durante otra generación, como tantos en mi línea hicieron antes de mí.

*¿Sacrificarte?*, preguntaron ellos. *Esto no es un sacrificio.*

—Si no es un sacrificio —respondió él—, ¿qué es?

*Una prueba.*

¿Una prueba? Su sangre Castillion era necesaria para mantenerlos atados a ese remoto lugar, de manera que ellos y su malicia permanecieran en los confines de su prisión en el bosque. Eso es lo que decían todas las lecciones. Este mismo proceso había sido completado docenas de veces a lo largo de la genealogía de los Castillion. Ninguno de los que habían venido antes que él habían regresado jamás... ¿qué parte era una prueba?

—No lo entiendo —dijo—. He venido aquí a morir.

Los Verecundai preguntaron, con sus voces frías y teñidas de muerte: *¿Deseas morir?*

Y a pesar de toda su preparación para este momento de tentación, Dominic respondió con intensidad:

—No deseo morir. No deseo ser olvidado. Deseo vivir. Vivir y ser recordado.

*Extiende tu mano, Hijo de Castillion.*

Dominic hizo lo que se le pedía, y las sombras se aglutinaron alrededor de su palma abierta hasta fundirse en la forma de una araña. Era brillante y de color negro plateado, con siete patas enjutas, afiladas como cuchillos. Su abdomen relucía desde su interior, tenuemente, como si un trozo de la aurora se hubiera quedado atrapado bajo un cristal ahumado. Él tembló cuando la araña subió por debajo de su manga, a través de su brazo y hasta el pecho, justo encima de su corazón.

Lloró cuando ésta lo apuñalo y gritó cuando el veneno destrozó su cuerpo. Se contorsionó por el dolor, rezando para que la muerte llegara antes de que su cuerpo se desmoronara.

*Resistencia*, recitó. Apretó sus brazos contra su vientre sin parar de toser, dejando un rastro de sangre sobre la nieve. *Soportar la dificultad y el dolor sin rendirse*. La sangre se unió en finas líneas de brillante carmesí que serpentearon bajo la corteza helada de la nieve, salieron disparadas a través del suelo hasta arremolinarse en el tronco del árbol, en las extremidades retorcidas, y bajaron hasta el punto más lejano de la rama más afilada. Un blanco brote se formó, floreció y se marchitó a la vez que la fruta maduraba debajo de ella.

Cuando todo terminó, una sola manzana rojo rubí colgaba de las viejas ramas del árbol. Casi en trance, Dominic se acercó al árbol y levantó la mano para arrancar la fruta de su rama. Era perfectamente simétrica, redonda, estaba madura y tenía el color de la sangre.

*Come*, pidieron las voces.

Dominic le dio un mordisco.

La fruta era dulce y madura, y tenía un sabor ligeramente salado y cobrizo. En cuanto tragó el bocado, su mente se vio inundada por imágenes y pensamientos extraños. Voces de personas que nunca había conocido se entremezclaban con imágenes de lugares en los que nunca había estado. Era un caleidoscopio de color y sonido mientras la tierra parecía girar hacia atrás y las estrellas salían disparadas a través del arco del cielo hasta caer en un círculo perfecto de ocho puntos con la luna en el centro.

Y entonces aparecieron unas manos esparciendo tinta dorada por un mapa de pergaminos de los cielos, conectando las

estrellas en la constelación de una araña. *Aranea*, escribieron al lado. *La Araña*.

Dominic observó a las manos atravesar un desierto indómito para recoger a la niña que había nacido bajo esa extraña configuración cósmica: una niña con el cabello tan negro como el ébano, labios tan rojos como una rosa, y un espíritu tan puro como la blanca nieve. Su nombre era Vieve.

*Has sido elegida por Empírea*, dijeron los magos a la niña.

*Tú serás su heredera.*

*La primera reina de un mundo nuevo y perfecto.*

La llevaron de regreso a su gran observatorio, donde le enseñaron magia bajo la atenta mirada del infinito cielo estrellado; el paso de los años estaba marcado por el movimiento de los engranajes en un gigantesco modelo planetario aéreo, en el que los planetas de latón giraban alrededor de un reluciente sol dorado con la misma devoción que los magos mostraban hacia su diosa celestial.

El más joven de los magos era un chico llamado Adamus. Él se sentía atraído por la chica, y ella por él. Llegaron a la edad adulta juntos como árboles jóvenes, sin parangón en su poder y belleza juvenil, tan fascinados el uno con el otro como si hubieran sido encantados, dos mitades de un único todo.

*Si voy a ser reina*, le dijo ella a él, *tú deberías ser mi consorte.*

*Dime cuáles son tus órdenes, mi reina*, susurró él en respuesta, *yo obedeceré.*

Cuando llegó el día de la ascensión de Vieve, Dominic observó cómo los magos vestían a la chica con ropas de la más fina seda y las sujetaban con un broche en forma de araña, la tocaban con una corona de plata y la llevaban a un claro del bosque bajo la misma alineación portentosa de estrellas que había acompañado su nacimiento. El chico-mago al que ella

quería la condujo al centro antes de ocupar su lugar entre sus compañeros, que formaron un anillo alrededor de ella.

Ella comenzó su hechizo tal y como le habían enseñado: desenganchó el broche para extraer una gota de sangre de la yema de su dedo y luego hizo girar la magia que ésta contenía en un hilo. Cada uno de los magos hizo lo mismo, y ella extrajo la magia de su sangre en hilos plateados, y trenzó sus esencias juntas, una con otra.

Por encima de ellos, las estrellas comenzaron a agitarse y temblar mientras empezaban a sangrar, ellas también, en largos y brillantes chorros de luz que se vertían en los magos desde arriba y que luego se desprendían desde los dedos de sus manos en los hilos del hechizo. La chica estaba incandescente, como si ella misma estuviera hecha de luz de estrellas.

Un grito sonó desde los cielos desgarrando el tejido del cielo, a la vez que una forma comenzaba a surgir de las agitadas nubes verde azuladas del firmamento.

Empírea estaba a punto de llegar.

Sus alas se extendían de uno a otro extremos del horizonte, y cada pisada de sus cascos enviaba arcos de relámpagos a través de la cúpula de cristal del cielo. Levantó su cabeza equina en un grito y Dominic se estremeció con su estruendo. Toda su vida le habían enseñado que Empírea había tocado la tierra en su amanecer, que la humanidad había seguido sus pasos. Que de su amor y de su luz la humanidad había sido creada. Pero eso no podía ser cierto; cuanto más se acercaba Empírea a la tierra, mejor podía ver Dominic el *odio* que se cocía a fuego lento en los pozos de fuego que eran sus ojos.

Ella no descendía para salvar, sino para arrasarse. No venía a crear, sino a destruir.

Vieve se quedó quieta, con los hilos de su magia flotando en el aire agrietado, con el tapiz de su hechizo todavía inacabado.

*¡No!*, Dominic intentó gritar su advertencia, pero era un simple observador sin voz, incapaz de cambiar este resultado. El joven mago Adamus, sin embargo, abrió los ojos como si lo hubiera escuchado. Se separó del círculo y saltó al centro para salvarla.

Demasiado tarde.

Al darse cuenta de las verdaderas intenciones de Empírea, los otros siete magos ya habían desenvainado sus espadas. Todo terminó rápidamente. Las alas de Empírea se disolvieron en franjas nubosas, los relámpagos cesaron y el viento se aquietó; el desgarramiento en el cielo se reparó solo, sellando a la diosa detrás de él.

Y en el centro del claro, Vieve yacía muerta. Asesinada por los magos que la habían criado, que la habían querido, que le habían enseñado todo lo que sabía, de manera que Empírea no pudiera utilizarla como un arma para destruir a la humanidad.

Adamus se había arrastrado hasta el centro del círculo y estaba acunando el desmadejado cuerpo de Vieve, con la mirada fija, aunque ciega, en el cielo. Cogió el broche de araña que aún brillaba suavemente con los rescoldos de la luz estelar robada, y lo utilizó para pincharse un dedo. Luego miró a los otros siete y profirió una maldición sobre ellos:

*Así como me habéis despojado, así os despojaré yo a vosotros. No moriréis, pero tampoco viviréis. Os maldigo a caminar por esta tierra yerma hasta su final, cuando yo y mi amor hayamos renacido y nos reunamos por fin, monarca y consorte, para reinar en el nuevo mundo y de Empírea, libre de dolor y de muerte.*

*Fidelidad*, pensó Dominic mientras observaba al hombre llorar. *Lealtad y devoción inquebrantables a través de toda adversidad*.

Los siete magos gritaron cuando sus cuerpos se desintegraron y se arremolinaron hacia delante, a través de Dominic, robando su aliento y su calor, y sumergiéndolo en una oscuridad impenetrable.

Lo último que oyó antes de perder el conocimiento fueron las palabras susurradas: *La larga espera ha terminado. Ellos, por fin, han regresado*.

Cuando Dominic despertó, estaba tendido sobre la nieve, con la cara hacia la luna. El viento había amainado. Los blancos espectros se habían disipado. Todo estaba en calma, en silencio.

¿Se había quedado dormido en la nieve? Parecía no tener ningún sentido... pero ¿de qué otra forma podría explicar algo de esto? Las cosas que se habían quedado flotando en su cabeza desafiaban toda lógica. Había sido un sueño, por supuesto. Una pesadilla.

Sin embargo, entre sus manos yacía una manzana roja mordida. Sobre la costra de la nieve helada, la llama de su lámpara todavía ardía con fuerza. A su lado, estaba un broche con forma de araña, cuya piedra central aún brillaba suavemente.

Todo era real. Se había adentrado en el bosque del Ebonwilde, se había enfrentado a las sombras que se escondían en él, y había salido vivo.

Pero transformado.

La nieve ya no parecía tan fría, el viento tenía un sabor menos amargo. Y pensó que, si escuchaba con la suficiente atención, todavía podría percibir esas voces secas y susurrantes en sus oídos.

En el cielo comenzaron a aparecer los primeros y suaves rayos del amanecer; alrededor del borde del claro podían verse ahora los marchitos pétalos de las flores encaje de escarcha consumidas. La noche más larga del año había pasado. De aquí en adelante, la oscuridad iría disminuyendo lentamente.

Le llevó casi un día atravesar los bosques para regresar al Fuerte Castillion solo. Escaló las curvas ocultas en el lado oeste de la montaña y se deslizó en el fuerte por la entrada trasera, a través del laberinto secreto de túneles y cuevas que los antepasados de Dominic habían construido sobre su hogar. Dentro, sin embargo, todo estaba en calma. No había perros que salieran a recibirlo. No había mozos de cuadra trabajando en los establos. No había guardias en las puertas.

Todos se encontraban reunidos en el atrio y entraban y salían con gestos sombríos de la catedral de cristal que era el Jardín Nocturno. Fue recibido por un guardia.

—Señor Dominic, gracias a las estrellas que está aquí. Cuando encontramos así a mi señora y nos dimos cuenta de que usted no estaba en ninguna parte, temimos lo peor — hizo una pausa y se quedó con la boca abierta cuando Dominic se quitó su sombrero—. ¿Qué le ha sucedido a su cabello? Tiene un mechón blanco como la nieve.

—¿Mi cabello? —dijo él con tono distante, apenas registrando el comentario—. ¿Mi señora? —preguntó, confundido.

El guardia se inclinó junto a él y le explicó con amabilidad:

—Sí, mi querido muchacho. Lamento ser yo quien le dé esta noticia, pero su madrastra ha muerto esta mañana, temprano. La hemos encontrado muerta de frío en su trineo, justo a las afueras del pueblo.

Dominic corrió hacia el invernadero, apartando a la gente para lograr llegar hasta la parte delantera. El soldado corrió

detrás de él preocupado por el chico que tendría que hacerse responsable de su provincia a una edad tan temprana y sin ninguna figura paterna que le sirviera de guía.

El cuerpo de su madrastra yacía bajo la cúpula de cristal del Jardín Nocturno para ser velado; a su alrededor ardían treinta y dos velas, una por cada año de su vida.

El guardián dijo con rudeza:

—Ella nunca tuvo muy buena salud. Ni humor —sacudió su cabeza—. Mis disculpas, muchacho, no debería hablar mal de los muertos —y enseguida añadió—: Cuando se sienta listo para comenzar a tomar decisiones, nosotros estaremos listos para seguirlos.

—Estoy listo ahora —dijo Dominic de manera abrupta. Y enseguida hizo su primer decreto—: El luto ha terminado —dijo—. Retirad el cuerpo.

—¿Qué deberíamos hacer con él? —preguntó otro de los hombres de armas que observaban.

—Buscad una fosa —dijo Dominic—, arrojadlo dentro —y entonces, una por una, apagó todas las velas.